

I

Profundidades

El principal de estos motivos era la abrumadora idea de la propia gran ballena. Un monstruo tan portentoso y enigmático despertaba mi curiosidad.

Espejismos, *Moby Dick*

Era mi primer viaje a Estados Unidos. Era enero y no conocía a nadie en Nueva York. Por los cañones que formaban los edificios del centro de la ciudad soplaban vientos helados. Sin rumbo y añorando mi hogar, tomé el metro hasta el final de la línea. Al salir de la estación en Coney Island me encontré con siluetas de formas extrañas, versiones espectrales del perfil de los rascacielos de Manhattan que había dejado atrás: una sinuosa montaña rusa en hibernación y otra máquina de diversión que parecía una especie de gigantesco instrumento ginecológico. Encontré el camino al acuario y paseé por su desierto interior, estremeciéndome al pasar entre tanques llenos de peces. Había algo patético en aquel lugar fuera de temporada, una sensación de abandono que soplabá desde el triste paseo marítimo y el suburbano mar.

En las paredes blancas había una ventana lo bastante gruesa como para resistir la presión de toneladas de agua. Me recordó a los ojos de buey de los baños de Southampton, donde los niños pegaban sus blandas caras al cristal; pero aquel panel sucio mostraba un espectáculo mucho más espectral. Llamándome desde el otro lado de la ventana, vertical en toda su longitud como si se elevara para



saludarme, había una ballena beluga. Debía medir unos tres metros y medio desde su bulbosa cabeza hasta las pequeñas aletas de la cola; era un enorme y fantasmal bebé que me dejó clavado en el suelo con su mirada penetrante.

Aunque una ballena en Nueva York parecía completamente fuera de lugar, de hecho había precedentes históricos. En 1861 Phineas T. Barnum importó un par de belugas para su Museo Americano en Broadway. Las ballenas, pescadas en las aguas frente a Labrador y traídas en cajas herméticamente cerradas y forradas por dentro con una capa de algas, medían siete y cinco metros y medio respectivamente. El tanque en el que las alojaron en el sótano medía diecisiete metros y medio por siete metros y medio, pero tenía una profundidad de apenas dos metros diez centímetros y además fue llenado con agua dulce. En él, las ballenas nadaban pegadas como amantes, e incluso su dueño estaba convencido de que su carrera sería muy corta. «He aquí una auténtica “sensación”», se maravillaba el *New York Tribune*, imaginando que «la iniciativa del señor Barnum no se detendrá en las ballenas blancas. Incluirá también cachalotes y sirenas y abrazará cuantos seres extraños nadan, vuelan o reptan en el planeta, hasta que el Museo se convierta en un gran microcosmos de la creación animal.»

Aquella fascinación con las ballenas, como la que manifestaba Philip Brannon al hablar de la bahía de Southampton, era el reflejo de una moda victoriana, un ejemplo característico del matrimonio entre el ingenio de la

ciencia y la curiosidad humana. En Inglaterra se entregaron ballenas vivas a los acuarios de Manchester y Blackpool (aunque se cerró uno de los espectáculos de marsopas por miedo a que sus actores pudieran ofender con su conducta a las personas de disposición más sensible), y en septiembre de 1877 una ballena beluga llegó a Westminster, al mismísimo centro de la ciudad más grande del mundo. El espécimen, de dos metros y noventa centímetros, fue capturado —junto a otros diez— frente a la península de Labrador, donde quedó varado al bajar la marea y fue capturado por Zack Coup y sus hombres. Allí empezó su largo viaje hasta Londres.

Una chalupa la transportó en una caja estrecha hasta Montreal. Luego se puso a la ballena en un tren a Nueva York, trayecto que llevó dos semanas. El animal pasó siete meses en el Summer Aquarium de Coney Island, donde «adoptó la costumbre de nadar en círculos», para ser sacada después de su tanque y metida en un barco de vapor de la compañía North German Lloyd, el *Oder*, con destino a Southampton. Durante el viaje se la mantuvo en cubierta en una tosca caja de madera forrada por dentro con algas y se la remojaba con agua salada cada tres minutos. A pesar de los intensivos cuidados que se le dispensaron, la ballena ya había empezado a consumir su propia grasa.

En Southampton, subieron la beluga a un convoy del ferrocarril South-Western y viajó en un vagón descubierta hasta la estación de Waterloo y de allí a su destino final, un tanque de hierro de trece metros cuarenta centímetros de largo, seis metros diez centímetros de ancho y un metro ochenta y dos centímetros de profundidad en el Royal Aquarium, una magnífica estructura gótica que se había construido recientemente frente al Parlamento. La ballena esperó las dos horas que el tanque tardó en llenarse. «Había estado yaciendo en la caja y respirando

una vez cada 23 segundos. Agitó débilmente la cola cuando notó que movían la caja. Cayó de ella de lado hacia el agua y se fue al fondo del tanque como si fuera de plomo.» Se le concedieron tres horas de privacidad al animal antes de permitir que el público «en enormes multitudes» pudiera pasar a verla desde una tribuna construida especialmente a tal efecto.

A *The Times* no le pareció que aquellas fuera forma de tratar a una ballena. «No es probable que sobreviva mucho tiempo en agua dulce, aunque emerge a intervalos de entre diez y cien segundos para respirar y en ocasiones expulsa un chorro de agua a través de la ancha abertura respiratoria que tiene en el centro de la frente. El ruido y alboroto que causan los obreros hace que de vez en cuando se mantenga bajo el agua durante dos minutos seguidos.» Alimentaban a la beluga con anguilas vivas, pero pronto se hizo obvio que su cresta dorsal, «a la que la grasa debería dar una forma redondeada», se marcaba «vertiginosamente en su espalda».

«Si sucumbiera a las desfavorables condiciones de vida en esta ciudad, no se podrían extraer barbas de ballena de este monstruo», añadió el periódico. «Tampoco es la ballena blanca muy abundante en grasa. Pero su piel servirá para hacer botas.»

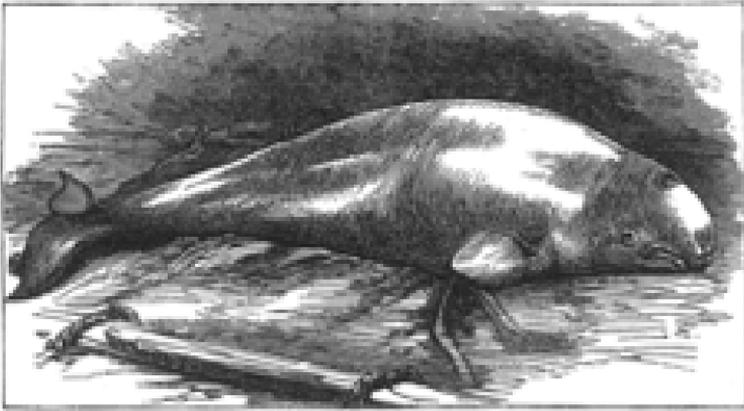
Las sospechas de *The Times* se demostraron correctas, aunque se equivocara al pensar que el ejemplar era un macho. En lo que se entendió como producto del delirio, la ballena —que de hecho era una hembra— empezó a nadar a toda velocidad de un lado a otro del tanque hasta golpearse la cabeza contra la pared. Luego, «después de recuperarse un poco, de nuevo empezó a dar vueltas rápidamente en el tanque, volvió a golpearse de cabeza contra la pared, se volvió boca arriba y murió».

Con ello no acabaron las indignidades, pues el cuerpo

se sacó del tanque y se exhibió al público al día siguiente. Se hizo un molde de escayola y eminentes médicos y naturalistas le practicaron una necropsia. Descubrieron que lejos de pasar hambre, la ballena tenía el estómago lleno; pero también los pulmones muy congestionados. El hecho de que el animal hubiera sido transportado en cubierta a través del Atlántico siendo rociado constantemente con agua, en lugar de preservar su vida, había provocado que esa agua se evaporara rápidamente entre cada rociada y causado que el animal se resfriase.

El público fallecimiento de la ballena de Westminster desencadenó el intercambio de cartas entre importantes personalidades. El obispo Claughton, de St. Albans, un poeta por méritos propios, se quejó de que era «la criatura de la que el salmista había dicho que Dios la había colocado en su elemento» y que, por tanto, el hombre no tenía el menor derecho a sacarla de él. William Flower, del Real Colegio de Cirujanos —y que con el tiempo sería el primer director del Museo de Historia Natural de Londres— presenció la autopsia y consideró que las «supuestas marcas de maltratos» en el cuerpo del cetáceo «eran consecuencia de que las anguilas que había en los tanques le habían mordisqueado, una vez muerta, los bordes de las aletas». El profesor Flower afirmó que todo el proceso se justificaba por «los avances del conocimiento científico y del saber general que de él habrían de derivarse». Pero claro, su propia institución se había beneficiado de la donación de los órganos internos, que servirían para «hacer algunos preparados muy interesantes».

En Nueva York, las ballenas de Barnum tuvieron el destino previsto. Víctimas de unas condiciones igualmente inapropiadas —como peces ganados en la feria que se llevan a casa en bolsas de plástico— también murieron a los pocos días, pero sólo para ser reemplazadas por suce-



La ballena muerta en el acuario real.

sivos nuevos especímenes hasta que un incendio destruyó el museo en 1865. Se intentó por todos los medios rescatar a la última beluga, pero fue inútil. Al final, un bombero compasivo rompió el tanque con un gancho «de modo que la ballena sólo se asó viva, en lugar de padecer el suplicio de cocerse a fuego lento».

Frente a este moderno prisionero de Coney Island, sentí una mezcla de fascinación y compasión. Estaba tan fuera de lugar allí como un tigre en un apartamento de Manhattan. El animal debería haber estado nadando libre en las aguas del Ártico. En vez de ello, el puro blanco de su piel estaba manchado por su cautiverio urbano, como si sobre ella también crecieran las algas verdes que cubrían el cristal prismático. Me sobrecogió el silencio de aquella tarde, y de todas las tardes que siguieron. La beluga es la más sonora de todas las ballenas, los marineros la conocen como el canario del mar; allí estaba enjaulada como cualquier pájaro cantor doméstico. Al verla allí suspendida, una presidiaria amortajada y encarcelada por los pecados de otros, me atreví a tocarla a través del grueso cristal, como si algo de mí pudiera llegar a ella.

Esperé a que levantara una aleta. Pero no lo hizo, así que me marché, incapaz de sostenerle más tiempo la mirada.

Después de años viviendo en Londres, la ciudad había empezado a desgastarme. A veces sentía como si todo el cielo fuera mar y todos los urbanitas meras criaturas bentónicas, ancladas al fondo por la enorme presión y moviéndose entre las cavernas y rocas de las calles. Yo vivía en los alrededores de la City, desde donde se veían los muelles;* a lo largo de los años contemplé como rascacielos idénticos se levantaban de la arcilla de Londres como estalagmitas de cristal en un experimento hecho en el aula por un escolar. Por las noches, soñaba que el bloque de pisos en el que yo vivía estaba rodeado de agua, engullido por la esperada inundación, y que yo, desde mi nido de águila en la novena planta, miraba hacia abajo y veía ballenas y tiburones nadando alrededor del edificio. En otros sueños veía un puerto amurallado y una gran masa de animales marinos apresados en su interior agonizando y luchando por salir.



* En el original «Docklands», denominación semioficial de la antigua zona de muelles del puerto de Londres, hoy dedicada mayoritariamente a uso comercial y residencial. (N. del T.)

El lugar que había simbolizado todas mis aspiraciones de juventud me provocaba ahora el efecto de una infección vírica y, aunque igual que la malaria, nunca me desharía por completo de él, ya estaba, gradual y progresivamente, dejando atrás mi antigua vida. Tras la muerte de mi padre y con mi madre viviendo sola, me encontré pasando cada vez más tiempo de vuelta en el sur del país. Me proporcionó cierto consuelo ante el dolor y la pérdida, ante la ruptura de otros lazos emocionales. Me sentía a la deriva, sin ancla, pero también percibía cierta convergencia, cierta simetría. Era la comodidad de lo conocido, pero yo lo veía con ojos nuevos.

Cambié el paisaje sin árboles que se veía desde mi piso de la novena planta por paseos diarios por la playa; los ángulos abruptos de la ciudad por un verde y azul sin límites; las agresivas palomas comidas por las pulgas por ostreros blancos y negros que picoteaban por la playa durante la marea baja. Mis ojos se relajaron con el alivio que se siente al mirar el horizonte desde la ventana de un tren en lugar de limitarse a las visiones en perspectiva de las calles de una ciudad. En vez de recoger supersticiosamente peniques de las aceras, pasé a rastrear la playa en busca de piedras con agujeros, que eran amuletos seguros para protegerse de las brujas y creaban avalanchas en miniatura al derrumbarse las pilas que tenía sobre la cómoda. Y me quedaba mirando al mar, viendo como los transatlánticos pasaban frente a mi como los barcos de Fitzgerald, llevados incesantemente hacia el pasado, aguardando un futuro que puede que no llegase nunca, como el hombre que cayó a tierra. Por mucho consuelo que supusiera el agua, a veces sólo servía para que me sintiera inquieto en mi exilio suburbano.

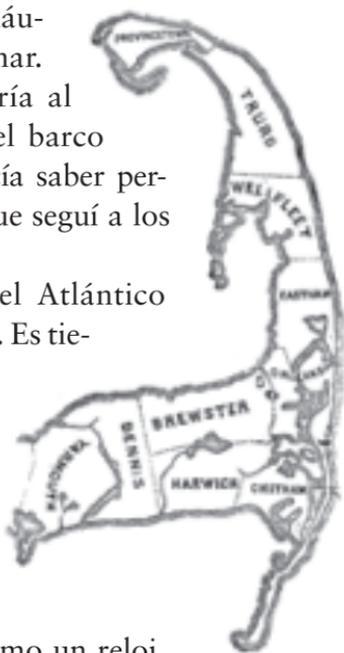
Cinco años después de mi primera visita a América, tomé un tren a Boston en la estación Penn de Nueva York.

Había comprado un mapa de Nueva Inglaterra en el kiosco y trazado sobre él mi ruta a lo largo de la costa. Hasta el nombre —una Inglaterra *nueva*— me parecía romántico, optimista; a un tiempo familiar y extraño. Los nombres que leía en el mapa me recordaban el país que había dejado atrás —Manchester, Norwich, Warwick— y Manhattan dio paso a un sol claro y a amplias playas con familias haciendo picnic, al parecer ajenas al tren que pasaba a toda velocidad tras ellas. Al final del trayecto caminé hasta el puerto y subí en el transbordador, desde donde vi retroceder Boston en una secuencia de pequeñas islas, al ritmo del tañido de las campanas fijadas sobre las boyas:

más cargadas de elegías del pasado que de advertencias sobre el futuro. Nadie puede prestarles oídos sin pensar en los marineros que duermen bajo ellas, en el fondo del océano.

Por delante había milla náutica tras milla náutica de mar. No sabía qué me encontraría al desembarcar, pero cuando el barco atracó, todo el mundo parecía saber perfectamente a dónde ir. Así que seguí a los demás a Provincetown.

Cape Cod se clava en el Atlántico como la cola de un escorpión. Es tierra nueva, esculpida por glaciares de kilómetro y medio de espesor hace sólo quince mil años. Sus orillas interiores son aún más recientes y están formadas por tierra que llega desde el otro extremo del cabo, como un reloj



de arena que la deja caer de una de sus mitades a la otra. Este es también el cementerio del Atlántico. Sus playas son testigos de desastres: barcos enteros enterrados en la arena, con sus mástiles emergiendo entre las dunas junto con manos humanas. Marconi, que estableció su emisora de radio en esta misma orilla —un bosque de antenas sobre la grama del norte— estaba convencido de que en ocasiones sintonizaba las voces de los ahogados, que perduraban en el éter.

Cape Cod no es tanto el fin de la tierra como el principio del mar. Para Thoreau, que caminó por él hace cincuenta años, era un lugar en el que «todo parecía deslizarse suavemente hacia el futuro». «Un hombre que allí se hallase podía dejar toda América tras él», escribió. Pero este es también el lugar en el que nació Estados Unidos. Hace cuatro siglos, los Padres Peregrinos desembarcaron en esta arenosa lengua de tierra y no en Plymouth Rock, del mismo modo que partieron desde Southampton, y no de Plymouth, en Devon. Buscando la utopía, los exiliados encontraron en su lugar «un erial horrendo y desolado». Ni siquiera sospechaban que los habitantes nativos de Cape Cod vivían allí desde hacía milenios.

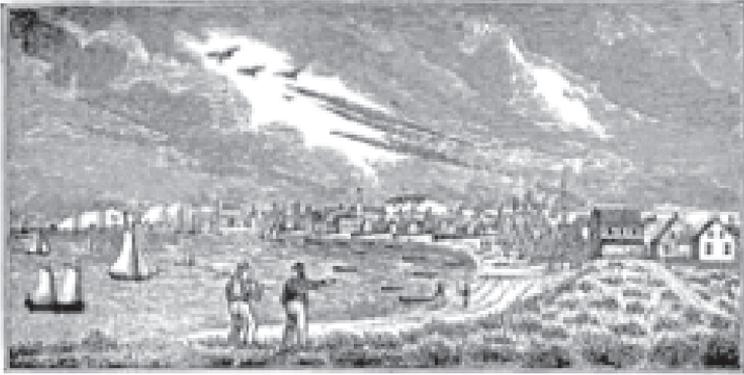
Tras pasar un mes recorriendo sus arenales, los Peregrinos decidieron que en Cape Cod sólo podían vivir peces y paganos. Provincetown se convirtió en una colonia fuera de la ley y de la influencia puritana, y se ganó una reputación que se resume bien en su apodo: Ciudad Infierno. Víctima de la piratería, la guerra y la revolución, hacia finales del siglo XVIII aún no había allí más que un puñado de casas. Pero pronto aquel puerto levantisco y casi ilegal encontraría el camino hacia la prosperidad, un camino que pasaría por las ballenas.

Los Peregrinos lamentaron no llevar ningún arma cuando vieron las enormes espaldas de la multitud de ba-

llenas que nadaban lentamente en la bahía de Cape Cod. Era como si los animales estuvieran anclados en ella. Había cientos «muy cerca de nosotros, y si hubiéramos tenido los instrumentos necesarios para cazarlas, hubiéramos conseguido pingües beneficios». A diferencia de los indios, que cazaban ballenas para subsistir, los europeos, ya desde los tiempos en que los vascos navegaron hasta las costas de Labrador, buscaban en esa caza el beneficio económico.

En la época en que zarpó el *Mayflower*, otros barcos partían de puertos holandeses para cazar ballenas en el Ártico. Dos miembros de la tripulación del *Mayflower* habían trabajado en un ballenero en la costa de Groenlandia y calcularon que podrían haber sacado unas cuatro mil libras de las ballenas que habían visto en la bahía de Cape Cod. De hecho, fueron las ballenas las que hicieron que los Peregrinos consideraran asentarse en Provincetown y, según explicó Cotton Mather, el aceite de ballena se convirtió en principal mercancía de la colonia. El propio *Mayflower* tuvo que reconvertirse para servir como barco ballenero y navegó por la bahía desde Plymouth.

También Provincetown se entregó con entusiasmo a la caza de la ballena. Hacia 1737 doce balleneros partían de ese puerto rumbo a los estrechos de Davis. Llegados a 1846 Provincetown era la base de docenas de buques. Familias como los Cook, propietarios de una hilera de ocho casas en el este de la ciudad, vigilaban sus barcos, amarrados directamente frente a sus propiedades, igual que los coches modernos se aparcan en la acera. El mismo edificio que hoy aloja una tienda de *delicatessen* muy de moda, había sido antes el almacén de los Cook. Muy cerca estaba el herrero, que forjaba los arpones y las lanzas, y una placa azul sobre una pared no muy lejana, recuer-



da a «David C. Scull, el rey del ámbar gris». Más tarde, los azoreños y los portugueses llegaron a la ciudad para trabajar en el pujante comercio del bacalao. Sus descendientes siguen viviendo aquí, encarnados en apellidos como Avellar, Costa, Oliveira y Motta, y en la Bendición de la Flota que se hace cada año, cuando cubren sus pesqueros de banderas y se transporta una estatua de San Pedro hasta el puerto.

A finales del siglo XIX llegaron también otros visitantes, la «gente del verano», que venían en vapores desde Boston y Nueva York, entre ellos artistas y escritores. Les atraía la luz clara que rebota sobre la península como si ésta fuera el espejo reflectante de la cámara de un fotógrafo, pero también su lejanía de todo. Provincetown seguía siendo un lugar provisional, cuando no peligroso. La tormenta Portland de 1898 ahogó a quinientas personas y demolió varios muelles. Hubo casas de la lengua de tierra de Long Point que, aceptando la derrota después de décadas de tormentas, fueron transportadas enteras a través de la bahía sobre balsas hechas de barriles en busca de refugio en costas más tranquilas. Como dijo la periodista radical Mary Heaton Vorse, «los habitantes de Province Town han pasado tanto tiempo en el

mar a bordo de barcos que consideran sus casas una especie de barco en tierra o una especie de barco-casa y, por lo tanto, no sujeto a las leyes que se aplican a las casas».

Gradualmente, a regañadientes, la ciudad fue domesticada. Se construyeron alcantarillas, se pavimentaron las calles y se hicieron carreteras que permitieron el acceso a lo que era, en realidad, una isla. «En el fondo, para alguien de tierra adentro, el paisaje de Cape Cod es un espejismo que no cesa», escribió Thoreau. Sus arenas se amontonan y desperdigan y la ciudad se enreda en sí misma, haciendo que al final nunca estés seguro de dónde está el sur y dónde el oeste. Este sigue siendo un lugar aparte, un desplegable extra en el mapa; no tanto parte de América como aparte de ella. En verano rebosa vida, con su calle principal llena de familias que hacen una excursión de un día y de *drag queens*, una multitud que se extingue conforme se llega al final de la ciudad, que en tiempos estuvo señalado por una mandíbula de ballena clavada en el suelo, y ahora por el garaje de Josh y un grupito de cabañas



de playa sacadas de un cuadro de Edward Hopper. Y sobre el océano el clamor disminuye como un acorde que se desvanece y es reemplazado por la oscilación del mar.

Hasta la víspera del día en que tenía que irme de Provincetown no fui a mi primer avistamiento de ballenas. Recuerdo el frío cuando el barco salió de la bahía. El calor de tierra dio paso a una fresca brisa marina. Mientras salíamos del puerto, nuestro naturalista describió la geografía del banco de Stellwagen sobre el que navegábamos. Nos explicó que los pescadores habían subido huesos de mastodonte del fondo con sus redes, que aquellas se contaban entre las aguas más fértiles de todo el planeta y que por ellas pasaban las rutas marítimas más transitadas del Atlántico. En un cartel que había detrás suyo, nos mostró cuales eran los animales que puede que viéramos. Miré sus improbables siluetas en el panfleto que nos había repartido. Parecían tan fantásticas como las de los dinosaurios que había memorizado de niño de los libros de la biblioteca.

Entonces alguien gritó:

—¡Ballena!

y a no mucha distancia, una enorme masa negra-gris emergió del agua y volvió a sumergirse. Antes de darme cuenta, allí estaban, junto a los costados del barco, ballenas que expulsaban aire ruidosamente por sus espiráculos y nadaban entre las olas. A apenas unos metros, una joven ballena jorobada saltó fuera del agua, mostrando orgullosa su vientre blanco, acanalado como una especie de gigantesco y flexible escudo. Fue un corte en primer plano de algo imposible: una ballena en pleno vuelo.

Me olvidé de que tenía niños alrededor e, involuntariamente, se me escapó un «¡joder!». Otras ballenas lan-

zaban sus colas al aire y golpeaban con sus aletas como si quisieran señalar algo a las demás ballenas, o a nosotros. Mientras miraba, aparecieron más animales, como convocados por un invisible presentador de circo. Me sorprendió el exuberante dominio de sus cuerpos y del medio a través del cual tan elegantemente se movían que demostraban. Les envidié el hecho de estar siempre nadando; de ser siempre libres.

Las ballenas jorobadas acuden al golfo de Maine todos los veranos. Ayunan durante seis meses y se aparean en las cálidas pero estériles aguas del Caribe, donde alimentan a los ballenatos con una leche tan rica que se parece al queso fresco, hasta que llega el momento de hacer el peregrinaje anual al norte. Es la migración más larga que realiza ningún mamífero. Siguiendo las rutas de colonización que establecieron sus antepasados hace millones de años y navegando miles de millas de océano guiándose por ancestrales señales invisibles, llegan a la costa noreste de Estados Unidos, donde la cálida corriente del Golfo se encuentra con las gélidas corrientes de Labrador en un proceso conocido como afloramiento.



Aquí, en las aguas verdegrises, se pone en movimiento una vasta cadena alimenticia. Las ballenas se ceban a fuerza de arenques y ammodítidos, engordando a gusto en esta estación de excesos. Y aquí, a menos de dos horas en barco de una de las mayores ciudades de Estados Unidos, estos gigantescos animales —«las más juguetonas y alegres de todas las ballenas»— se divierten, «creando más espuma y removiendo más agua por lo general que cualquier otra ballena». Hasta aquellos que las cazaban reconocieron su carácter juguetón con el apodo que les otorgaron: las ballenas felices. Su nombre científico es mucho menos glamuroso: *Megaptera novaeangliae*, la de grandes alas de Nueva Inglaterra, el ángel con percebes.

Al lanzar sus cincuenta toneladas de grasa, carne y hueso al aire, el leviatán abandona su dominio. Sus aletas de cuatro metros y medio parecen nudosas alas, el borde de su cola, tres veces más ancho que largo es un hombre, apenas toca el agua.

Visto con la cámara lenta del recuerdo —la imagen que deja en tu cabeza— una ballena que emerge parece



tratar de escapar de su medio, el elemento que, desde el momento mismo en que atraviesa la superficie, tira de ella hacia abajo. Nadie sabe por qué saltan las ballenas. Casi todas las especies lo hacen, desde el delfín más pequeño hasta la más grande de las ballenas azules, cada una con su propio estilo: saltos de espalda, saltos en plancha, saltitos sin mucho impulso o auténticas piruetas. Puede que sea una de las formas que tienen las ballenas de librarse de los parásitos: la fuerza del salto es tanta que las ballenas se dejan trozos de piel, muestras que va muy bien recoger para haces exámenes genéticos. No hay manera de saber cuando saltarán, aunque cuando lo hacen, lo más probable es que lo repitan varias veces; a menudo empiezan cuando se levanta viento, como si fueran una especie de Mary Poppins cetáceas cuya mágica aparición convocase un cambio en el tiempo. Un científico razona que puede que estas gimnastas encuentren «más agradable o placentero, o menos doloroso, golpear su cuerpo contra el agua cuando ésta está agitada que cuando está tranquila».

Parece probable que sus acrobacias sean una vigorosa forma de comunicación, un medio de proclamar su fuerza física y su presencia, de anunciar a otras ballenas «Aquí estoy» y «¿Acaso no soy magnífica?». Pero cuando ves a una ballena saltar del agua como si fuera un pingüino gigante, lo primero que piensas es que parece divertido. El hecho de que las crías y las ballenas jóvenes tengan mayor tendencia a saltar refuerza esta idea. Puede que las ballenas simplemente estén jugando, como los niños que se tiran al mar desde el muelle Macmillan de Provincetown, confiando implícitamente en su inmortalidad al arrojar su cuerpo de un medio a otro. O quizá nos compadecen por ser esclavos de la gravedad y nos permiten ver durante unos instantes su auténtica naturaleza elevándose sobre el océano y revelando su majestuosidad.

Parece que ver ballenas en libertad me volvió a convertir en un niño. Recordé qué era lo que siempre me había fascinado de esos extraños seres: su enorme diversidad, la gran variedad de formas y tamaños que adoptan; un conjunto que pide ser coleccionado como las pegatinas de regalo de los chicles, un catálogo complejo y colorido que abarca desde la pequeña marsopa de puerto hasta los grandes rorcuales —un término que procede del palabra escandinava que significa junco o caña y que hace referencia a los surcos de sus vientres— y el misterioso cachalote, del cual encontré una pequeña figurita en la caja de juguetes de mi hermana en la que emergía de una pequeña ola de plástico. Fue como si el mundo marino que tanto temía hubiera sido repoblado con criaturas amistosas, una auténtica tribu internacional de viajeros globales, tan discretos y diversos como los pájaros, pero todos de un mismo tipo. Eso fue lo que me atrajo: su completitud, en oposición a nuestra separación, porque ambos somos mamíferos, pero ellos son forman una ordenada unidad mientras que nosotros estamos desorganizados.

Los cetáceos —del griego *ketos*, que significa monstruo marino— se dividen en dos órdenes. Los dentados odontocetos —setenta y una especies de marsopas, delfines de mar y de río, zifios, orcas y cachalotes— se alimentan de peces y calamares. Los misticetos, o ballenas barbadas —de las que hay al menos catorce especies— filtran su dieta de plancton y de pequeños peces a través de sus barbas.

La extraña naturaleza de la barba parece subrayar la rareza de la ballena, que comienza en el mismo útero. Aunque los fetos de misticetos poseen un principio de dientes, estos son reabsorbidos por la mandíbula antes del nacimiento y reemplazados por brotes de una proteína



fibrosa llamada keratina, el mismo material del que están hechas las uñas humanas. Estas tiras largas y planas forman placas flexibles que cubren la mandíbula formando una gran herradura con la parte más suave hacia afuera. Crecen continuamente y acaban por formar un flequillo en sus extremos por el contacto constante con la lengua del animal. Al tragar piscinas enteras de agua —tan ávidamente que, de hecho, dislocan su mandíbula para maximizar el agua que pueden absorber— las ballenas barbadas expanden los pliegues ventrales de sus barrigas y luego los contraen para expulsar el agua sobrante, de modo que su comida queda atrapada en el interior porque la barba le impide salir.

Las ballenas dentadas persiguen a sus presas por el océano, pez a pez. Las ballenas barbadas pastan y tragan bocados enteros, desde arenques a anguilas de arena pasando por el minúsculo zooplancton que flota en los océanos como si fuera un polvo dotado de vida. Aquí, en las fértiles aguas de Cape Cod, reinan los mysticetos: desde la esquiva y relativamente pequeña ballena enana o la teatral jorobada, a la rotunda ballena franca y el elegante rorcual común o ballena de aleta —el segundo animal más grande

mundo, conocido como el galgo del océano, capaz de alcanzar velocidades superiores a los veinte nudos.

Tras la ballena azul, la ballena de aleta, *Balaenoptera physalus*, es también el animal más ruidoso, y puesto que el sonido viaja más lejos y más rápido a través del agua, una ballena de aleta americana (si le preocupasen cosas como la nacionalidad) podría ser escuchada por su homóloga europea al otro lado del Atlántico. Su llamada de apareamiento está por debajo de lo que puede registrar el oído humano; la primera vez que los científicos la detectaron, pensaron que era el lecho del océano agrietándose. Y en pocos segundos esta inmensa criatura —mayor que cualquier dinosaurio— pasará por debajo de dónde estoy. Bajando su ancho y aplanado morro, la ballena se sumerge bajo la quilla en un movimiento suave, como si la empujara un motor invisible y silencioso.

Se encuentra uno allá arriba [...] mientras entre nuestras piernas, por así decirlo, nadan los monstruos más enormes del mar, igual que en otros tiempos pasaban las naves entre las botas del famoso Coloso en la antigua Rodas.

La cofa, *Moby Dick*

En ese único movimiento mi entera presencia se ve minada. Siento, más que veo, a ese animal de veinticinco metros nadando debajo. Saber que está ahí me produce vértigo, y algo en mi interior me hace querer zambullirme y bucear junto a él a alguna recóndita sima dónde nadie nos encuentre jamás.

El rorcual completa su maniobra y emerge a babor para respirar. A diferencia de lo que sucede en los humanos, las ballenas deben tomar la decisión consciente de respirar, pues de lo contrario no podrían mantenerse sumergidas mucho tiempo. Con toda la fuerza de sus enor-

mes pulmones, expulsa el aire consumido con el sonido neumático de un dedo puesto sobre la mancha de una bicicleta. Es una exhalación profunda más que una expulsión de agua del mar; es una condensación visible, como la del aliento humano en una mañana fría.

Desde la válvula de sus orificios nasales, la ballena dispara trescientos setenta y cinco litros de aire en un segundo —cada nubosa descarga crea su propio arco iris al ser atravesada por el sol— y luego repite el proceso una y otra vez, cargando su cuerpo de oxígeno hasta que está lista para volver a sumergirse, un acto que supone una transformación interna. Contrae sus pulmones —una mucosa especial evita que los órganos se queden pegados— y dobla hacia adentro las costillas con unas articulaciones que tiene a los lados del cuerpo, de modo que todo el aire que queda se conduce a unos «espacios muertos» en el cráneo de la ballena. Esta técnica, combinada con la ausencia de nitrógeno en su sangre y de aire en sus huesos, evita que el animal sufra descompresión. Más sutil que el submarino más moderno, la ballena es un milagro de la ingeniería marítima.

